

RAFAEL BARAJAS

(El Fisgón)

Travesuritis aguda



Travesuritis aguda



Rafael Barajas
(El Fisgón)



Primera edición, 2006

Segunda reimpresión, 2007

Primera edición electrónica, 2010

Distribución mundial

© 2006, Rafael Barajas Durán (texto e ilustraciones)

D. R. © 2006, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.

Empresa certificada ISO 9001:2008



www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios:

editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel. (55) 5227-4672

Fax (55) 5227-4694

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc. son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicana e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-0463-7

Hecho en México - *Made in Mexico*

Acerca del autor

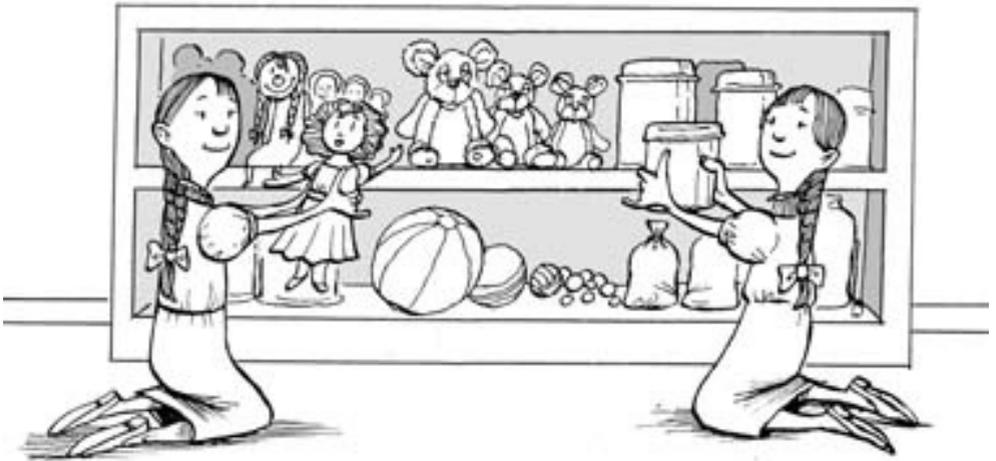
Rafael Barajas (*El Fisgón*) nació en la ciudad de México (1954). Es curador, muralista, pintor, investigador, escritor y entrevistador, además de uno de los caricaturistas políticos más conocidos en México. Además de haber ilustrado varios títulos para niños en el Fondo de Cultura Económica, como *Los casibandidos que casi roban el sol y otros cuentos* (Triunfo Arciniegas), *La espada del general* (Lourenço Cazarré), *Vico y Boa* (Anna Feinberg), *La peor señora del mundo*, *Aníbal y Melquiades*, *Hoja de Papel* (Francisco Hinojosa), *Historia medio al revés* (Ana María Machado), entre otros, ahora es el autor e ilustrador de esta “contagiosa” historia.



La familia Gómez estaba conformada por papá Gómez, mamá Gómez de Gómez, las gemelas de cinco años Lola Gómez Gómez y Lilia Gómez Gómez, y su perro Firuláis Gómez Gómez Gómez y Gómez.

Papá y Mamá estaban muy orgullosos de Lola y Lilia, pues eran cariñosas y bien portadas... de hecho, se portaban demasiado bien. ¡Nunca hacían travesuras! En más de una ocasión sus padres lamentaron que sus chamacas fueran tan poco traviesas y hasta las alentaban a portarse un poco mal. “¡Anímense!”, les decía Papá Gómez, “Pinten un poquito las paredes, desordenen algo sus juguetes. No sean tímidas”.

Pero las gemelas se reían y seguían ordenando su cuarto.



Pobre Papá Gómez... Si hubiera sabido la que le esperaba, no se hubiera lamentado de que sus hijas fueran tan tranquilas.

Todo empezó un domingo por la mañana, cuando los papás Gómez se despertaron y descubrieron que, durante la noche, sus hijas habían pintarrajeado las paredes del pasillo.



Al principio, Papá Gómez se puso mesuradamente contento, pero luego se molestó un poco al ver que la sala y el comedor y la cocina y

los baños y la fachada de la casa y el coche y el perro también estaban pintarrajeados: “Les pedí que pintaran un poquito las paredes, pero se les pasó la mano”.



Todo el domingo, Lola y Lilia se la pasaron haciendo travesuras: brincaron sobre las camas, se dieron almohadazos, se echaron plastilina en el pelo e hicieron un montón de cosas que no vamos a contar para no darles ideas a los niños traviosos. El caso es que, para la

noche, cuando Lola y Lilia se durmieron, Papá y Mamá Gómez estaban agotados.





A la mañana siguiente, una ruidosísima orquesta despertó de un sobresalto a los papás Gómez; eran las gemelas que desfilaban por el cuarto de sus padres tocando cornetas, cazuelas, botes de basura y demás instrumentos musicales improvisados. Ponerles el uniforme fue toda una hazaña. Llevarlas a la escuela Musas de la Grecia Antigua — cuyo lema era “Nada con exceso, todo con medida”— fue otro lío. Y cuando las fueron a recoger, las maestras se quejaron de que las hermanas, que siempre eran un modelo de buen comportamiento, se la habían pasado echando relajo todo, todo, todo el tiempo. Ya en casa, las niñas hicieron una guerra de espagueti durante la comida y toda, toda la tarde, siguieron incontenibles, haciendo cosas tremendas que no vamos a contar para no darles ideas a los niños traviesos.



Al otro día, las niñas volvieron a levantar a sus papás con otra travesura. Por primera vez, Papá y Mamá Gómez perdieron la paciencia y agarraron a Lilia y a Lola para darles de nalgadas. Pero cuando les iban a cachetear las pompas, se dieron cuenta de que sus hijas tenían unas manchitas rojas en la piel.



No había duda de que sus hijas tenían sarampión o varicela y que por eso estaban actuando tan raro. Mamá Gómez les tomó la temperatura a sus niñas y trató de acostarlas, pero fue imposible: las chamacas no paraban de brincar y echar relajo. Papá llamó al doctor Pérez, quien le dio cita para esa tarde, a las cinco.





Los padres Gómez trataron de apaciguar a las enfermas, pero todo fue en vano: no dejaban de hacer bulla. Poco a poco algo muy extraño comenzó a ocurrir. Las manchas en la piel de Lilia y Lola empezaron a crecer y a cambiar de forma; por momentos eran círculos, luego triángulos, cuadrados, estrellas, espirales. Lo peor era que además crecían, se achicaban y hasta se movían de lugar. Era como si las manchas también se hubieran puesto a hacer travesuras.



Quando llegaron con el doctor Pérez, las niñas tenían las manchitas más extrañas y no paraban de jugar y hacer bromas. El doctor las examinó cuidadosamente y luego les preguntó a los papás Gómez si, normalmente, sus niñas eran demasiado bien portadas.

Cuando respondieron que sí, el médico, cauteloso, consultó varios libros e hizo algunas llamadas a sus colegas antes de soltar su diagnóstico:



“Es un caso muy raro. En toda la historia de este país nunca se había visto algo así. Sólo en las islas Papanoa del Pacífico Sur se ha registrado un brote parecido. El origen de la enfermedad está en el exagerado buen comportamiento de sus hijas; la ciencia ha probado que todo exceso es malo. Es natural que los niños hagan travesuras, el cuerpo se los pide. Cuando los chicos se portan excesivamente bien por mucho tiempo, puede suceder que todas las travesuras salgan de golpe. Aquí los síntomas son muy claros: el paciente se vuelve

impaciente, tiene un deseo irrefrenable de hacer travesuras, presenta reacciones traviesas como estas manchas rojas y siente cosquillas en todo el cuerpo.



”Sus hijas padecen un síndrome muy extraño llamado travesuritis aguda. Esta enfermedad no es grave, desaparece sola y sus hijas se curarán muy pronto, tal vez en unos días, tal vez en unas horas. Nunca se sabe con este virus. La enfermedad es muy contagiosa en los menores y, hasta hoy, nunca le ha dado a un adulto. Así que, en principio, las niñas podrán ir a la escuela en cuanto desaparezcan las manchas de la piel. Este mal no es peligroso, pero tengan cuidado pues es impredecible y travieso.”

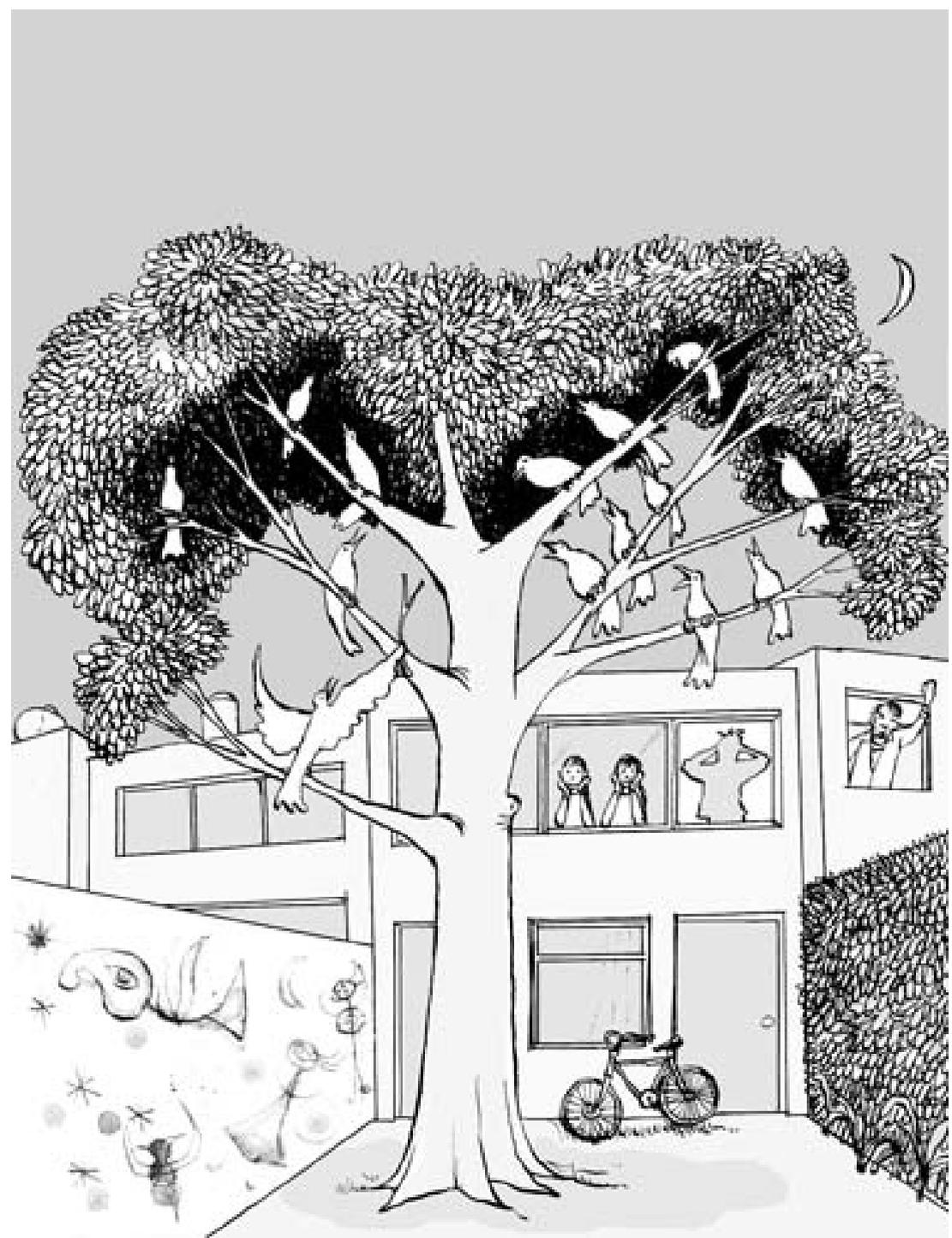
Durante tres interminables días, Papá y Mamá Gómez tuvieron que lidiar con la enfermedad de sus hijas y con las travesuras que ésta les desencadenaba.





Por supuesto, no vamos a contar todo lo que hicieron las niñas en esos tres días para no darles ideas a los niños traviesos. Todo era un relajo y la casa, un desbarajuste. Para colmo, el perro Firuláis Gómez Gómez Gómez y Gómez se contagió y se puso a hacer travesuras. Llenaba de baba el trasero de las visitas, les jalaba la ropa, les mordisqueaba los zapatos y demás chanzas perrunas que no vamos a contar para no darles ideas a los perros traviesos.

La enfermedad de las mellizas resultó ser extraordinariamente contagiosa. Los pájaros que anidaban en el árbol del jardín chiflaban “Las mañanitas” a medianoche.



Incluso los aparatos electrodomésticos de la casa parecían haber contraído travesuritis: el refrigerador calentaba el helado, la estufa enfriaba la sopa y el horno de microondas tocaba una canción de moda. Cuando Papá Gómez ponía un programa en la televisión, aparecía otro y cuando trataba de apagarla, se subía el volumen. Cuando Mamá Gómez ponía una película en la videograbadora, ésta la pasaba al revés, reproducía escenas de otras películas y contaba al principio el final de las cintas de misterio.





El caso de travesuritis aguda de las niñas Gómez se hizo célebre. Decenas de doctores importantes vinieron de toda la ciudad, el país y el mundo para estudiar este extraño brote, y Lola y Lilia les hacían todo tipo de bromas y chanzas a las eminencias médicas más circunspectas.

Papá y Mamá Gómez ya no sabían qué hacer, estaban agotados y a punto de enloquecer cuando, una mañana, de repente y sin avisar, las

manchas rojas desaparecieron del cuerpo de sus hijas y éstas volvieron a ser las niñas bien portadas de siempre. Afortunadamente, Firuláis también se curó ese mismo día. Sin pensarlo mucho, los padres llevaron a sus criaturas a la escuela y se regresaron a dormir a casa.



Lo que sucedió en la escuela Musas de la Grecia Antigua fue increíble: Lola y Lilia se portaron muy bien. Pero, exactamente a la hora del recreo, algunos de sus compañeros empezaron a presentar manchas rojas y todos, todos empezaron a hacer travesuras terribles... Eran travesuras tan traviesas que no vamos a contar para no darles ideas a las escuelas traviesas.





Las maestras trataban de controlar a sus alumnos, pero todo era en vano. Si hacer entrar en razón a dos niñas serias con travesuritis fue imposible, calmar los ánimos de 37 niños traviesos contagiados del mal era tarea para un ejército de tres mil papás, niñeras, maestras, prefectos y directores.





Lo peor es que después del recreo, cuando los alumnos regresaron a los salones, las maestras, todas, tenían manchas de color rojo.



Elia y Marcela, las muy respetables profesoras del salón de letras, se pusieron a bailar ballet, a cantar óperas y a inventar canciones con una guitarrita de juguete; la maestra Norma, de artes plásticas se pintó la cara de payaso y pintarrajeó a sus pupilos. Paty, la maestra responsable del salón de bebés, hizo una pataleta fenomenal; Liliana, la encargada de cambiarle los pañales a los de maternal, le puso pañales a los del quinto grado; en el cuarto de música, doña Lety hizo puras trompetillas y ruidos raros con la boca; en manualidades, la maestra Claudia se bañó en pegamento y después rodó sobre confeti; la profesora Luz, responsable de teatro, hizo eso, puro teatro, y

Valentina, la encargada de las conferencias, se puso a decir palabras que nadie entendía como “Chuntafla la camela, Rodrigo; no parlanchongues el gongo”.



Las gemelas Gómez fueron a ver a la señora Gabriela, la titular de ciencias y directora de la escuela, pero cuando llegaron a su oficina, se encontraron a la venerable maestra haciendo experimentos para fabricar bombas pestilentes.



Pero eso no fue todo; las maestras, todas, continuaron haciendo cosas tremendas. Tan tremendas que no vamos a contar para no darles ideas a las maestras traviesas. Lo más curioso de todo es que, ese día, los niños no sólo echaron más relajo que nunca, sino que también aprendieron como nunca.



A la hora de la salida, Lola y Lilia estaban contentas de ver a sus papás, pero se asustaron mucho cuando vieron que, tanto papá como mamá, tenían una sonrisa burlona en los labios y unas tenues manchas rojas en la piel. De regreso a casa, los papás se la pasaron echando relajo y llegar fue toda una faena. Cuando lo hicieron, las gemelas llamaron al doctor Pérez para que les dijera qué hacer. El médico les dijo que no se movieran, que iría enseguida para allá y, efectivamente, en menos de veinte minutos tocó el timbre de los Gómez. Al abrir la puerta, las niñas se quedaron paralizadas. El doctor Pérez traía el pelo pintado de azul, bajo su bata blanca vestía un tutú

de bailarina y estaba lleno de manchas rojas y de todas las formas posibles. Papá y Mamá Gómez y su invitado armaron un rebumbio de Dios Padre e hicieron unas travesuras terribles, tan terribles que no las vamos a contar para no darles ideas a los adultos traviesos.



Quisiéramos terminar esta historia diciéndoles que, desde entonces, Lola y Lilia no han vuelto a hacer travesuras... pero sería una mentira. La verdad es que, desde entonces, Lola y Lilia y sus papás y Firuláis y sus compañeros y sus maestras y el doctor ya no son

tan serios; hacen algunas travesuras y la pasan muy bien.



Aunque no vamos a contar qué travesuras hacen para no dar ideas a los lectores traviesos.





A la orilla del viento

Para los que empiezan a leer

¿Te has enfermado de sarampión o varicela? Seguramente sí. Pero, ¿alguna vez te has contagiado de travesuritis aguda? ¿Sabes cómo se contrae? Esta enfermedad de las islas Papanoa le da a los niños excesivamente bien portados y se manifiesta con síntomas muy especiales: cosquilleo en todo el cuerpo, coloridas y multiformes manchas en la piel y una compulsión irrefrenable de hacer todas las diabluras posibles. Averigua si las gemelas Gómez logran curarse de este mal.

